

A los Lectores

PIDA en todos los puntos de venta de España y a todos los Corresponsales, los números que le faltén para tener completas las colecciones de las publicaciones de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

¡¡ NO LO OLVIDE NI LO DEMORE !!

A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los números de las publicaciones de

**La Novela Semanal
Cinematográfica**

Pronto: Grandes Concursos
Valiosos premios

Pida
detalles
a

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
Vía Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA

J. Horta, impresor. - Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 279

25 Cts.



MANCHA
QUE LIMPIA

POR
Aurora Redondo
Carmen Viance

etc.

FilmoTeca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción } Vía Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A

Año VI BARCELONA N.º 279

MANCHA QUE LIMPIA

Cine-drama español basado en la obra del
inmortal **José Echegaray**

Interpretado por *Aurora Redondo, Carmen Viance,
Ana María Ferri, María Comendador, José Crespo,
Mariano Asquerino, José Montenegro y Modesto Rivas*

PRODUCCIÓN

Film Española, S. A. = Madrid

Exclusiva de LEMIC, S. A.

Muntaner, 1 - BARCELONA

Con esta novela se regala la postal de
LILIAN HARVEY

Prohibida la reproducción

Revisado
por la censura gubernativa

J. Horta, impresor - Cortes, 719.-Barcelona

Mancha que Limpia

Argumento de la película

I

Matilde vuelve a la vida

En la época de las vacaciones, los patios y corredores del colegio de la Merced, otras veces tan alegres y bulliciosos, resonando bajo sus amplias arcadas las risas cascabeleras de las educandas pizpiretas, se encuentran ahora tristes y solitarios.

La bandada de avecillas, de caras de rosa y cabelleras rizadas, de labios sonrientes y ojos pícaros, huyeron a poblar las calles y paseos de las grandes urbes, hurtándose a los rezos y a las salmodias de las hermanitas de la Merced, para buscar el aire libre de la vida mundana, lejos de aquella cárcel de estilo gótico.

Únicamente, como una flor de invernade-

ro, abandonada sobre las relucientes baldosas, por el destino ingrato, ha quedado la joven Matilde, una muchachita, morenucha y melancólica, en cuyos ojos profundos, bajo el palio de las moradas ojeras y las sedosas pestañas, unos ojos castaños, quieren a través de las lágrimas descorrer el velo de la vida.

Matilde pasea un atardecer por los viejos claustros, buscando un marco a su belleza en las caprichosas ojivas rameadas.

Sor Dorotea, su compañera de silencio y de tristeza la dice, para llevar algún consuelo a su alma dolorida:

—No pasará el día de hoy, sin que escriba a tu familia, pues ya tienes edad para dejar el colegio...

Matilde suspira con fuerza y exclama sentenciosa, mirando al cielo con sus ojos extáticos:

—¡Quién sabe...! Quizá fuera mejor que me quedara aquí...

En Madrid, en un lujoso chalet de la aristocrática Castellana, vive doña Concepción Ramírez, la única parienta lejana de Matilde, una señora encastillada en el abolengo rancio, con un campo de gules por alma y dos leones rampantes incrustados en la cavidad visual; su carácter extremadamente severo, únicamente se inclina complaciente ante la voluntad voluble de Enriquita, su sobrina, a la que

tiene decidido empeño en casar con su único hijo Fernando, un jovencuelo barbilampiño, que hasta entonces ha seguido preso en las redes tiránicas de su novia, mujer cuya falsía y egoísmo desmedidos, desaparecen bajo una apariencia engañosa de modestia.

En aquella casa es algo así como el "Deus est Machina" don Justo, opinión autorizada que se consulta en las arduas resoluciones familiares, como abogado competente y como amigo cariñoso.

Aquel día ha llegado a la casa la carta de Sor Dorotea, la hermanita de la Merced, que cumplió escrupulosamente la promesa hecha a la pobrecilla Matilde.

"...y habiendo llegado Matilde a una edad, en la que ya no debe de continuar en el colegio, a usted me dirijo como su única familia para que se haga cargo de ella..."

La contestación a esta carta, fué motivo de una especie de consejo de familia y aunque a regañadientes, esclavos del *qué dirán*, aquella familia *cariñosa*, se decidió a aceptar a la huerfanita.

Algunos días después, don Justo, que había visto nacer a Matilde y que como amigo íntimo del que fué su padre, sentía hacia la huerfanita un sincero afecto, la recogió del colegio y emprendió con ella la marcha hacia la mansión acogedora.

En el camino, el buen don Justo, la iba diciendo convencido:

—Debes sacrificarte por Enriqueta si llegara el caso, pues ya sabes que tu difunto padre, llevó al suyo a la ruina...

Y bajo aquella impresión amarga, resucitada de su alma por aquella evocación dolorosa, llegó Matilde a aquella casa, que desde aquel día había de ser su cárcel de dolores.

En el amplio hall, la esperaban doña Concepción y su sobrina.

La colegiala llegaba con su ridículo traje-cito de educanda y avanzó hasta ellas conservando aún aquella mirada hipócritamente ruborosa, que figuraba como uno de los mandamientos indiscutibles y obligatorios de las excelentes adoradoras de Jesús.

Estaba realmente ridícula con su trajecito negro, su gran cinta azul, como una faja antihelénica en la cintura y aquel canotier de alas de teja; y al verla así ataviada, doña Concepción la dijo secamente, mientras Enriqueta no se recataba en desgranar una carajada burlona:

—Sube a cambiarte de vestido, si es que tienes alguno menos ridículo...

—¡Oh! sí, señora... tengo otros — y desapareció avergonzada la infeliz.

Apenas había salido llegó Fernando, y Enriqueta apresuróse a decirle alegre ahora por-

que había visto esfumarse el fantasma de una posible rival:

—Acaba de llegar Matilde... ¡Es de lo más cursi que he visto!

Pero un poco más tarde, los labios de En-



Y también a Matilde le pareció atrayente y seductor...

riqueta supieron de la caricia furiosa de sus dientes de gata en celo, al ver aparecer de improviso *otra* Matilde totalmente distinta, vestida de *persona*, sin el atavío ridículo; y su furor y sus celos crecieron de punto al oír

exclamar a Fernando mientras devoraba a la *intrusa* con la vista:

—¿No decías que era una cursi...? ¡Yo la encuentro sencillamente deliciosa...!

Y también a Matilde le pareció atrayente y seductor el novio de Enriqueta.

II

La carta

Pasaron unos meses y durante ellos Matilde aprendió una cosa que no se la habían enseñado en el colegio: aprendió a sufrir.

No se le ocultaba a la huérfana el poco cariño que por ella sentían en aquella casa, pero su carácter bondadoso hacía que pronto se olvidase de los continuos desaires que recibía.

Las únicas personas que la trataban con dulzura eran el bonachón de don Justo... y Fernando.

¡Oh! Fernando y ella era más que simpatía mutua lo que se inspiraban. Demasiado lo veía Enriqueta, y así, añadiendo a los celos la envidia y sumando a ambas cosas la perversidad de su carácter irascible, no podía disimular la aversión que sentía hacia la que consideraba una intrusa, y a cada instante creía

encontrar un motivo para acrecentar su odio.

Aquella tarde ocurrió un incidente que produjo gran extrañeza en Matilde.

Al penetrar en las habitaciones de Enriqueta, sorprendió a esta escribiendo una carta. Matilde, más por jugar, que por malicia, cogió el papel escrito, pero entonces, Enriqueta, se abalanzó a ella y trató de quitarle por la fuerza, de una manera violenta aquel papel, de que por otra parte la muchacha ignoraba el contenido.

En la lucha por su posesión desgarróse el escrito y en un pedazo de carta que quedó en su poder, pudo leer Matilde:

...ya te he dicho que hay que ganar tiempo...

¿Qué quería decir aquello?

Entretanto, Enriqueta había corrido al encuentro de su tía a la que contó, desfigurándola a su antojo, la escena ocurrida momentos antes, pintándola como una acción criminal de Matilde a la que acusó de haberla sorprendido registrando su secreter. Dios sabe con qué intenciones.

Además sacó a colación la conducta de Matilde para con Fernando y terminó diciendo:

—Créeme, tía, es intolerable... Parece más novia de Fernando que yo...

En aquel momento llegaba Matilde. Enriqueta salió a su encuentro y mientras doña Concepción contaba a don Justo lo sucedido.

según la relación hecha por su sobrina, ésta le decía a la joven:

—Oye, Matilde, es una tontería, pero quiero recuperar el trozo de mi carta. ¿Me lo das?



En la lucha por su posesión desgarróse el escrito...

—¡No! — contestó inocentemente la huérfana a quien divertía aquella porfía.

Al poco rato don Justo reconvenía cariñoso a la muchacha:

—Debes evitar que Enriqueta tenga celos de ti...

—¿También usted me cree tan mala? — exclamó compungida la desgraciada.

Y huyó hacia el jardín con los ojos preñados de lágrimas... Empezaba a creer que había sido una desgracia su salida del colegio...

Recordó entonces el trozo de carta que conservaba, lo sacó del seno, donde lo había guardado, y estaba reflexionando sobre aquella frase inexplicable para ella, cuando Enriqueta, llegando de puntillas le arrebató sutil el papel de entre los dedos, exclamando con aire de triunfo:

—¡Ya no lo tienes...!

Y desapareció lanzando una carcajada burlesca.

¿Por qué tan extraordinario interés en recuperar aquel pedazo de carta?

Así pensaba extrañada la infeliz, pero en vano torturaba su imaginación, buscando una explicación racional a aquella extravagancia.

—Y sin embargo — se decía ella — todo esto debe encerrar algún misterio...

III

La "inocente" Enriqueta

Aquella noche doña Concepción recibía a sus amistades y sus salones presentaban un aspecto brillantísimo.

Entre los concurrentes se encontraba don Lorenzo, un señor de más de mediana edad y de gran fortuna, que bajo la máscara de corrección ocultaba una conducta licenciosa y alma ruín y miserable.

Los encantos de Matilde, no habían pasado desapercibidos para don Lorenzo, que, enamorado de ella con pasión senil, y no pudiendo lograr la posesión de aquella encantadora virgen por otros medios, confiaba, a cambio de su fortuna, en obtener su mano.

Aprovechando un momento en que se quedó solo con la joven, don Lorenzo la dijo con acento apasionado y relumbrándole sus ojillos lúbricos:

—Matilde, la amo a usted. Si me autoriza pediré su mano a doña Concepción...

No le dejó acabar; creyó ella que era una broma o le pareció tan ridícula su pretensión, que, apartándose de su lado vivamente, huyó lanzando sonoras carcajadas, que hicieron volverse todos los ojos hacia el vejete desairado.

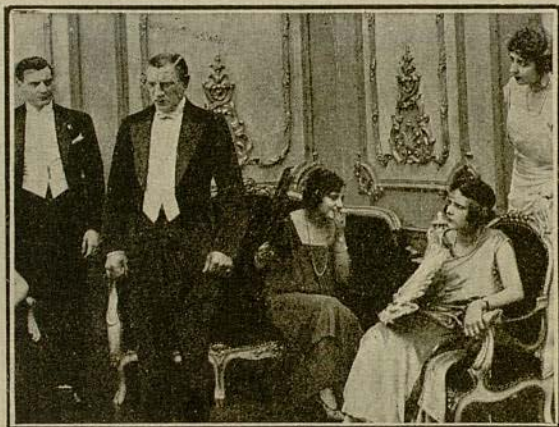
Este, despidiendo llamas por sus ojillos saltones, murmuró entre dientes con furia re-concentrada:

—¡Me las pagarás!...

Desde aquel momento, don Lorenzo iba a dedicar su vida entera a vengarse de Matilde.

Esta encontróse con Fernando, quien, cuando terminaron de bailar, la dijo en voz baja:

—¿Por qué huye de mí?... ¿No sabe que desde que la he visto, no quiero a nadie más que a usted?...



—¡Me las pagarás!...

¡Ay, también ella le quería con toda su alma!

Pero ahogando su pasión en el fondo de su alma, y sin tener valor para cometer lo que ella consideraba una deslealtad y una bajeza, contestó con infinita tristeza:

—¿Por quién me toma usted, Fernando?...

Obedezca a su madre y cásese con Enriqueta, que le hará feliz...

—¿Lo cree usted así?...

—Sí... — contestó inclinando tristemente la cabeza.



—Pero, ¿irás mañana donde siempre?

—Sí, pero aléjate, que no nos vean juntos...

Y huyó a refugiar su dolor inmenso en un rincón apartado...

Entretanto había hecho su aparición en la casa un nuevo personaje.

El recién llegado era Julio, amigo insepa-

rable de Fernando... y demasiado amigo de Enriqueta.

Entre ellos mediaba algo más que amistad, Julio y Enriqueta habían llegado a ser por un encadenamiento de circunstancias, amantes, cuya intimidad había sobrepasado los límites de la deshonra... La pobreza de Julio no convenía a Enriqueta, cuyo egoísmo, y el afán inmoderado de lujo y de placeres, era el único norte de su vida.

Al ver entrar a Julio, palideció intensamente, y, para evitar toda indiscreción, corrió a su encuentro. Disimulando su zozobra, bajo la máscara de una sonrisa complaciente, le dijo en voz apenas perceptible:

—¡No seas imprudente, que van a sospechar!...

—¿Pero irás mañana donde siempre?...

—Sí, pero aléjate, que no nos vean juntos... Vete con Matilde, para disimular...

Obedeció él, después de estrechar su mano con fuerza, como recordándole su promesa, y fué a reunirse con Matilde.

Una red misteriosa se tejía en torno de ésta, sin que ella lo notara y labraba en la sombra la desgracia de su vida...

IV

La cita

Al día siguiente Matilde y Enriqueta, acompañadas de *miss* Fanny, su señora de compañía, van a socorrer a Petra, antigua sirvienta de la casa, que se encuentra enferma.

En el camino las ve pasar don Lorenzo, que, además de sus muchos defectos, tenía el de ser extremadamente curioso, y, al reconocer a Matilde, se propuso investigar a dónde iban las tres mujeres, y las siguió en un *taxi*.

Al llegar las jóvenes al domicilio de Petra, don Lorenzo, que acechaba su salida, tuvo la desgracia de que se le cayesen al suelo las gafas, rompiéndosele en mil pedazos, y, como era algo miope, quedó sumido en un mar de confusiones, porque así, sin el auxilio de los cristales de aumento, apenas si distinguía los objetos.

Durante aquel intervalo, y al llegar a la habitación de la enferma, Enriqueta dijo a Matilde, disponiéndose a salir con *miss* Fanny:

—Nosotras vamos a casa de la modista. Volveremos a buscarte.

El vejestorio vió salir dos mujeres y las siguió a distancia hasta que una de ellas desapareció en un portal que don Lorenzo conocía de sobra.

—¡Pero si esta es la casa de Julio! — exclamó.

Y recordando que la noche anterior la joven, después de burlarse de él pasó un gran rato de charla con aquel hombre, concluyó afirmativo:

—¡Indudablemente es Matilde!

Enriqueta, mientras tanto, sostenía la siguiente conversación con su amante:

—Tu amor fué un capricho — decía él—. Ahora sólo ambicionas casarte con Fernando, por su fortuna, y vengarte de Matilde.

—¡Qué cosas me dices!... — contestó ella mimosa—. Harás que lllore... Me lo conocerán y tendré que decir, como siempre, que fué Matilde quien me hizo llorar...

—Es que te quiero más que nadie... Pero eres perversa. eres cruel...

—Está bien... todo se ha acabado entre nosotros. Me voy y no volveré más...

—¡Eso nunca!... Te quiero así, como eres y no serás de nadie más que mía.

—¡Está bien, hombre, está bien...! Pero tienes que seguir fingiendo con Matilde. Tú no

tienes fortuna y hay que continuar ocultando nuestros amores, hasta que heredes a tu madrina...

—¡Pues júrame que no te casarás con Fernando!

Y Enriqueta prometió cuanto quiso... ¡Le concedía tan poca importancia a un juramento más o menos...!

... ..

Don Lorenzo se apresuró a comunicar lo que había visto a doña Concepción y a don Justo, pero a consecuencia del maldito incidente de las gafas no pudo precisar quién de las dos muchachas era la que había entrado en casa de Julio.

Una vez se hubo retirado el vejestorio asqueroso, doña Concepción le dijo convencida al abogado:

—Fué Matilde. No le quepa a usted duda.

Al poco rato hallándose a solas con su sobrina, la decía cariñosa:

—Hija mía, Matilde no es digna de seguir a tu lado. Abusando de tu confianza cuando te deja en casa de Petra, va a casa de Julio, que es su amante.

Al oír estas palabras, Enriqueta no pudo contener su estremecimiento y pensó para sí:

—¡Estoy perdida...! ¡me han visto! y

aunque creen que es Matilde, pronto se descubrirá la verdad por Petra.

Y separándose apresuradamente de su tía, corrió a reunirse con su cómplice, para preparar un plan de defensa.

Mientras tanto don Justo, interrogaba a Matilde:

—Hay quien afirma que cuando sales, te separas de Enriqueta para ir a casa de Julio.

—¡Eso es una calumnia que desprecio! — contestó la joven, indignada.

—Entonces, es Enriqueta; porque es evidente que una de las dos va a casa de Julio.

—Tampoco puede ser verdad — respondió Matilde que en efecto no lo creía—. ¡Yo la defiendo!

Y al quedarse solo el bueno de don Justo, se preguntaba perplejo:

—¿Quién es el Cristo? ¿Quién es el Judas?

Matilde, por su parte, empezaba a recordar detalles sueltos, y entre ellos acudió claro a la memoria el incidente de la carta... ¿Sería cierto? ¡Pero, no, sería monstruoso! Creía a Enriqueta despótica, irascible, celosa, pero no capaz de semejante infamia...

—Debo aclararlo por el bien de Fernando.

Y se propuso para lo sucesivo ejercer sobre la joven una estrecha vigilancia.

Enriqueta entre tanto estaba desesperada, y

presa de una terrible zozobra temía que de un momento a otro se supiera la verdad.

Cuando mayor era su inquietud y ella y *miss* Fanny concertaban planes y más planes, entró una criada diciendo:

—Señorita, acaban de traer recado de que hoy de madrugada ha muerto la pobre Petra.

Cuando otra vez quedaron solas, exclamó Enriqueta con acento de triunfo:

—¡Estoy salvada! Ha desaparecido la única persona por quien podían saber mi culpa.

La institutriz fué llamada en aquel momento por doña Concepción que quería investigar la verdad.

—Usted niegue — la dijo Enriqueta — y aunque la despidan yo me encargo de su porvenir.

Y efectivamente, la institutriz negó y fué despedida, ¡y con ello se iba la única justificación de Matilde!

Esta se encontró aquella mañana a solas con Fernando y este la dijo premioso:

—Necesito que me diga usted si me quiere...

—Sí... Le quiero como a un hermano.

—¿Nada más?

—Nada más... Fernando...

—Veo que no me tiene usted ningún afecto.

—¡Eso no! Si algún día llegara el caso, vería de lo que soy capaz por usted.

V

La acusación

Algunos días después, Enriqueta recibió la siguiente carta de Julio.

Es indispensable que hoy mismo vengas a mi casa, pues en la tuya ya no podemos hablar y he de comunicarte algo de suma importancia.

Julio

Y aquel día quiso la casualidad, que doña Concepción se viera precisada a salir, pasando el día fuera de casa.

Y aquella tarde, Enriqueta se dirigió a casa de su amante. Este la esperaba impaciente:

—Gracias a Dios. Mi madrina está muy grave y tengo que partir precipitadamente, pues a su muerte heredaré y podremos casarnos.

Enriqueta fingió una alegría que estaba muy lejos de sentir, pues ya su boda con Fernando era cuestión de amor propio y de venganza de mujer celosa, pero Julio debió notar algo en su semblante porque la dijo mirándola con fijeza:

—Te advierto que si quieres traicionarme casándote con Fernando, me vengaré.

Pero quiso la fatalidad que Matilde, que la había seguido hasta la misma escalera, fuese vista al salir por unos conocidos... y aquella misma fatalidad, puso en el camino de éstos a don Lorenzo, que como puede comprenderse debía ir a contar lo sucedido a doña Concepción.

Al regresar Matilde a casa, se encontró con Enriqueta, que fingiendo admirablemente, la dijo, imperiosa:

—¿De dónde vienes?

Matilde, desconcertada con tanto cinismo, no acertó a contestar.

Al cabo de tres días de horrible lucha se decidió a hablar a Enriqueta y encerrándose con ella en su habitación la dijo resuelta a acabar de una vez:

—Ha llegado el momento de que hablemos claro. Tú no puedes casarte con Fernando.

—No me sorprenden tus palabras... — contestó Enriqueta con espantoso cinismo—. Ya sé que le quieres.

—Sí, es verdad, le quiero. Pero eso lo hubiera ocultado siempre. Lo que ocurre es que te he visto salir el otro día de casa de Julio.

Enriqueta palideció intensamente, pero reponiéndose pronto contestó:

—Pues si me viste, ¿por qué no te acercaste a mí?

—Porque cuando me disponía a hacerlo, lle-

gaban las de Mendoza y tuve que retroceder.

—¿Y no pudiera ser que inventaras todo esto para justificarte, si acaso te vieron y se sabe?

Matilde asqueada ante tanta desvergüenza, se separó de su lado y fué al encuentro de Fernando dispuesta a todo:

—Piense de mí lo que quiera, Fernando... — le dijo—; pero le suplico que no se case usted con Enriqueta.

—Ya sabe usted que ese es mi deseo... Pero entonces, ¿será usted mi esposa?

Vaciló un momento Matilde, pero al fin venció su amor y el asco que sentía por aquellas gentes que la rodeaban y exclamó:

—Pues sea. Seré su esposa. Pero sáqueme en seguida de esta casa, donde tanto me hacen sufrir.

—Esta misma noche nos marcharemos.

Y aquella noche, cuando con todo sigilo se preparaban a huir para siempre de aquella casa, fueron sorprendidos en plena fuga por Enriqueta, doña Concepción y don Justo.

—No puedes marcharte con esa mujer a quien acusan de ser amante de Julio — gritó su madre señalando, iracunda, a Matilde.

—¡Mentira! — gimió la infeliz.

Pero todos la acusaban y Enriqueta reía burlona de su triunfo.

Fernando que todavía dudaba, la preguntó impaciente:

—¿No te habrán visto siquiera una vez ir a su casa?

Matilde se dispuso por fin a defenderse:

—Sí, fui una vez, porque yo también dudaba de Enriqueta y pude convencerme de que ella era culpable.

—¡Canalla!

—Embustera... ¡Pruebas!

Gritaron tía y sobrina amenazándola.

Entonces Fernando, viendo que Matilde inclinaba la cabeza sin contestar, la dijo señalándola enérgicamente la puerta de la calle:

—¡Eres una infame! ¡Sal ahora mismo de esta casa!

Y la pobre mártir de amor, salió sollozando de aquella casa maldita.

VI

¡Justicia!

A partir de aquel día, Enriqueta y su tía, que se habían retirado una temporada a una de sus fincas, activaban cuanto podían la boda y de acuerdo con aquellos propósitos, regresaron apresuradamente a Madrid y empezaron a prepararlo todo.

El día suspirado por la ambiciosa Enriqueta, que iba a aquel matrimonio, enamorada... de la fortuna de Fernando, se acercaba a pasos agigantados.

Una mañana Matilde, que paseaba por la rosaleda del Retiro, se encontró con don Lorenzo.

El vejete al que continuaba gustando la chiquilla y que ahora la consideraba como *cosa fácil*, se acercó a ella meloso.

—¿Usted, Matildita? ¡Qué sorpresa! ¿Qué es de su vida, que no se la ve por ninguna parte?

—Desde que salí de aquella casa para siempre, vivo en un gabinete alquilado en la calle de Almagro.

Y don Lorenzo creyendo oportuno el momento, trató de ganarse la voluntad de Matilde, ofreciéndola su protección.

A pesar de las precauciones de Enriqueta, la noticia de la boda llegó hasta Julio por un periódico indiscreto:

En breve se celebrará la boda de la distinguida señorita Enriqueta Salazar, con don Fernando de Atienza. El matrimonio se verificará en familia y los recién casados saldrán inmediatamente para el extranjero.

Julio pensó primero en una venganza sangrienta, pero reflexionó después, que aquella

mujer era un ser despreciable y se limitó a escribir una extensa carta, que dirigió a don Justo con la siguiente indicación:

Para entregar a Fernando antes de la boda.

Y llegó el día de ésta, y mientras Enriqueta disfrazaba su alma impura con el blanco traje de la desposada, Matilde recibía una visita inesperada.

Era don Lorenzo, que después de saludarla ceremonioso la dijo:

—¿Sabe usted Matilde que dentro de una hora se casa Fernando...?

—¿Que se casa...? ¡Eso no puede ser!

—¿Y a usted qué le importa...?

Pero Matilde no le oía, y ni aun siquiera llegó a sus oídos, como un rumor, el ofrecimiento libidinoso de don Lorenzo:

—Yo soy un hombre serio y pongo mi fortuna a su disposición, si corresponde al cariño que la tengo...

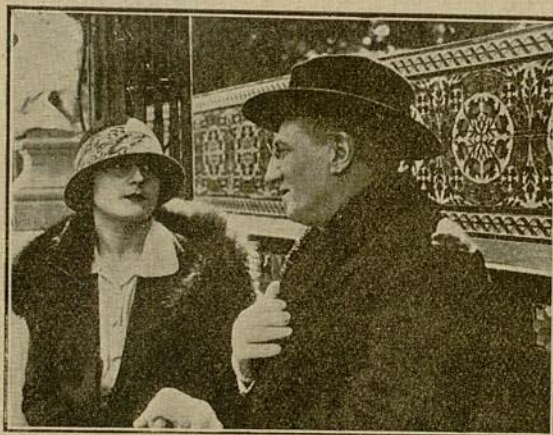
—Quítese usted de delante, asqueroso... ¡Fuera! ¡fuera! Déjeme salir...

—No, no saldrás — gritó don Lorenzo fuera de sí — Después de tu intimidad con Julio, no puedes alardear de honradez...!

Y se entabló una lucha desigual, pero Matilde acorralada, loca, hendió violenta el cráneo del libertino y mientras éste caía bañado en sangre, corrió apresuradamente a casa de la de Ramirez.

Don Justo que había recibido la carta de Julio, y vacilaba en la conducta que había de seguir, trató de sondear el fondo del alma de Enriqueta.

Habló con ella y al enseñarle la carta re-



—Yo soy un hombre serio y pongo mi fortuna a su disposición...

cibida, la futura esposa, que había reconocido la letra de su amante y sólo deseaba apoderarse de aquel papel comprometedor, dijo:

—Seguramente es de Matilde... Déjemela... yo se la entregaré a Fernando.

Y alargó la mano con tal viveza y tal ex-

presión en la mirada, que don Justo pensó para sí:

—¿Querías apoderarte de la carta?... Ahora si que se la entregaré a Fernando.

Minutos después, Matilde entraba en la habitación, donde Enriqueta daba los últimos toques a su *toilette*, y ante su gran estupefacción, la recién llegada la dijo con firmeza:

—¡Vengo a impedir que te cases con Fernando...!

Fué Enriqueta a oprimir el botón del timbre para pedir auxilio, cuando Matilde la dijo con sorna:

—Anda, llama y todo el mundo sabrá quién eres.

Enriqueta quiso ganarla con un golpe de audacia:

—Bien, no me casaré con Fernando, pero déjame salir...

—¡Ah! ¿Quieres escaparte...? ¡Te adivino...! ¡Pero no saldrás!

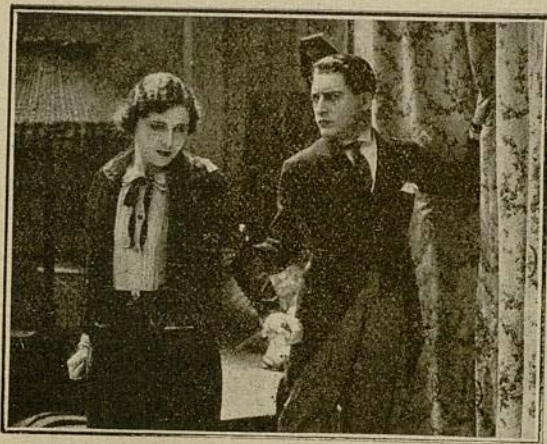
En aquel momento llegaba Fernando en busca de su novia. A la puerta le esperaba don Justo, que después de entregarle la carta misteriosa, se quedó junto a la puerta diciéndose pensativo:

—¿Hice bien?... ¿Hice mal?... ¡No lo sé!

Entretanto, Fernando penetraba en la estancia y Matilde al verle corrió hacia él diciéndole:

—¡Esa mujer te manchará para siempre, con mancha tal que sólo podrás limpiarla con sangre...! ¡No te cases con ella!

Fernando al oírla, la cogió violentamente



—...¡y porque, a pesar de todo lo que eres... te amo!

por un brazo y arrastrándola hacia el fondo de la habitación, la dijo iracundo:

—¡Si sales y envileces con tu presencia mis bodas, te ahogo por impura, y porque a pesar de todo lo que eres... te amo!

Y estrujando entre su dedos la carta que

le entregara momentos antes don Justo, añadió:

—¡Mira! ¡Este es el caso que hago de tus calumnias!

Y se la arrojó a los pies con rabia.

Salieron los novios dejándola encerrada y recogió la carta del suelo y abriendo el sobre Matilde sorprendida por las últimas palabras, con un cortapapeles, sacó el escrito y leyó:

... Porque Enriqueta y yo nos amamos. Las pruebas están en las cartas de ella que tengo en mi casa, a la que tantas veces fué. Vea Vd. si le conviene que la que ha sido mi amante, sea su esposa.

Julio

Minutos después regresaban los novios, terminada la ceremonia.

Matilde sombría, trágica, adelantando con paso elástico, como un autómatas, alargó la carta de Julio a Fernando y le dijo:

—¡Lee! ¡Tú lo has querido!

Vió Fernando algo extraño en sus pupilas y cogiendo la carta empezó a leer, mientras Enriqueta, que quería apoderarse del papel antes de que Fernando se enterara, forcejeaba con Matilde.

En la lucha, cayeron ambas sobre un sofá y Matilde sepultó hasta el mango el cortapapeles en el pecho de su rival:

—¡Muere, víbora! — la dijo con voz sorda.

Fernando había leído hasta el final, y fuera de sí al conocer su desgracia, gritó:

—¡Estoy deshonrado! ¡Maldito lazo que nos ata para toda la vida!



—¡No importa, madre... porque esta es mancha que limpia!...

Entonces Matilde irguiéndose trágica y sombría exclamó:

—¡Ya está roto!

—¿Qué has hecho?

Y Fernando llegó a su lado, cuando rotos

los nervios por el esfuerzo, la pobre muchacha caía en sus brazos desmayada...

Al ruido de la lucha y a los gritos, acudieron en tropel los invitados, y al ver doña Concepción a Enriqueta muerta y a su hijo con el arma homicida, que arrebatara de las manos de Matilde, exclamó:

—¿Qué es esto, hijo mío?

—¡Me deshonraba! Tengo la prueba... ¡La maté!

—¡Qué horror! ¡Estás manchado de sangre!

—¡No importa, madre... porque esta es mancha que limpia!

FIN

Próximo número:

Esposas mal comprendidas

Interpretada por los célebres artistas

Adolphe Menjou, Betty Compson,
Elliot Dexter, etc.

¡EXITO ENORME!

Postal-fotografía-regalo: EDWARD CONNELLY

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
Sale todos los miércoles Precio: 25 céntimos

¡ SIEMPRE LAS MEJORES PELÍCULAS !